

Cuentos & Cuentistas

Bruce Chatwin o la vida como aventura

Bartolomé Leal desde Santiago

Uno de los autores ochenteros que tuvo mayor significado para mí, estéticamente hablando, fue el británico Bruce Chatwin (1940-1989). Digo ochentero a propósito, porque lo suyo fue levantar una obra que combinaba la resaca de los 60 (hippismo, naturaleza, libertad sexual) con el optimismo de los 70 (compromiso político de izquierda, derechos de las minorías, ecología); lo que unido al desencanto con todo aquello, dio como resultado la visión postmoderna de los 80, con esa combinación única de visiones contradictorias, mezcla de niveles, préstamos entre las artes por encima de sus expresiones estancas, escepticismo irónico y, a la vez, exaltación de lo popular. Para muchos de nosotros, en Latinoamérica, el problema se tradujo en cómo crear en dictadura.

Creo que Bruce Chatwin perteneció a esa sensibilidad que abrió las visiones de muchos creadores, y cuya impronta sigue vigente. De algún modo, y no hago de esto una gran teoría, reinventó un género híbrido entre el libro de viajes con honduras antropológicas (en la línea del Stevenson de *En los mares del sur*) y la narrativa de ficción, donde inserta sus opiniones de manera sutil y humorística, a veces conmovedora, sin juicios ni declaraciones rimbombantes, aunque no por eso menos polémicas. Así, *El virrey de Ouidah* (1980), es una novela que relata la historia de Francisco Manoel da Silva, un brasileño que se enriqueció con el tráfico de esclavos africanos en el siglo XIX, instalando su base en la costa de Dahomey (actual República de Benin).

Basado en los lugares originales y visitando personajes famosos o conocidos por él (trabajó como *marchand d'art*), Chatwin relata en su libro *¿Qué hago yo aquí?* (1989), una recopilación de textos publicados en revistas y diarios, que salió después de su muerte, algunos de los pormenores de su forma de entender el oficio de la escritura y su correlato, el periplo. Este libro, que tiene la virtud de que se puede leer en cualquier orden, empezando por el inicio, el medio o el final, es, como lo definió el propio Chatwin en el prólogo, un conjunto de “fragmentos, relatos, perfiles y crónicas de viaje”. Y agrega una aclaración significativa: “la palabra *relato* intenta alertar al lector sobre el hecho de

que, por apegado que esté a los hechos de mi narración, siempre ha estado en acción un proceso ficcional”.

Hay muchas cosas que se pueden contar –el transcurso inexorable del tiempo, la distancia física o espiritual entre puntos geográficos, el desconocimiento disfrazado de sabiduría, el genio (o el mal genio) del que escribe, lo que sea– y siempre lo contado carga un componente de ficción, que suele ser lo más atractivo en la lectura: crea mitos, renueva visiones, derrumba estereotipos, ilumina o ensombrece la realidad. Como una fotografía, el texto tampoco es realidad pura. Así por ejemplo ocurre con el relato titulado “Werner Herzog en Ghana”, donde se describe coloridamente la filmación de la película *Cobra Verde*, basada libremente en la novela de Chatwin *El virrey de Ouidah*, una obra fuertemente influida por Conrad y el realismo mágico latinoamericano, sobre todo García Márquez y Carpentier.

Una novela débil, no la mejor de Chatwin, y la filmación de una película que debe ser la peor de Herzog, con un Klaus Kinski divertido aunque insufrible, son transformados en un relato digno del mejor *reality show*, con las extras que hicieron de amazonas (cientos de preciosas negritas en cueros) amenazando con lancear a Herzog porque no les pagaba; con Kinski emborrachándose y haciendo la vida imposible a todos; con Chatwin asistiendo impávido a la masacre de su libro; con un reyezuelo local pasándola en grande ya que lo hacen interpretarse a sí mismo... En fin. Trato de decir que si uno ha leído el libro, visto la película y leído este relato, puede atisbar algo de la locura que es la vida.

En una pesadilla, el difunto Mauro Yberra mira una foto de Bruce Chatwin y me dice con jadeos sepulcrales: “Imposible. Este tipo no puede ser un buen escritor. Y mucho menos un escritor con sensibilidad. ¿Cómo calificaste sus relatos? Conmovedores. ¡Qué boludo!”, murmura, refiriéndose a mí. Le retruco: “Y ¿por qué, según tú, es imposible que Chatwin sea un escritor sensible? ¿Me puedes dar una razón válida, Yberra?”. Responde: “Pues es demasiado buen mozo, Leal. Míralo. Una mezcla de Peter O’Toole con Robert Redford con James Dean. Por lo tanto no puede ser un buen escritor. Buen actor, animador de la tele o prostituto de lujo, te lo acepto. ¿Escritor? Jamás con esa cara”.



Exasperante Yberra. No le discutí. Tanta necesidad me deja mudo, no logro armar una réplica aceptable. Me dio risa por añadidura su mención de esos galanes de otrora. La verdad es que Bruce Chatwin era un tipo atractivo y prometía mucho como escritor, apenas había publicado seis libros, cuando murió a los 48 años. Su obra es representativa de los 80, cuando todavía imperaban ideales y esperanzas en mucha gente, como aguardando que lo sembrado en las décadas anteriores se concretara en un mundo mejor; que cayeran los muros y se esfumaran los dictadores. Bruce Chatwin tenía esa mentalidad del placer de vivir, que le hacía defender la naturaleza virgen, la vida apartada, las culturas tradicionales, el arte mayor y menor. Un amante del saber local, de los giros lingüísticos, de las comidas extrañas. Lejos de la brutal uniformización que caracteriza al siglo XXI, donde los valores de la diferencia están sumidos por lo más crudo de la subcultura norteamericana...

Chatwin puede ser sentimental y tierno, como en “Assunta” y “Los ojos de tu padre son de nuevo azules”, o relatar una aventura siniestra como en “El golpe”, registro de una asonada militar típicamente africana, con sus indiscriminadas y sangrientas carnicerías. Los relatos “La familia Lyman” y “Hasta que mi sangre sea pura” son deleznales, perturbadores y divertidos, como que tratan de sectas cristianas el primero y de enfermedades venéreas el segundo, y transcurren en Boston y en Camerún respectivamente. “Chiloé” rinde homenaje a uno de los territorios más hermosos y abandonados del sur de Chile.

Otro aporte de Chatwin son sus relatos biográficos de personajes más bien menores (al menos desde el punto de vista de su exposición a los medios de comunicación globalizados), artistas, literatos, expertos o científicos, de los cuales reconstruye las vidas, buscándolos en sus escondites o tumbas. Rescata así a individualidades que tuvieron su importancia en la historia del arte (entendido en su amplitud postmoderna), como el arquitecto constructivista ruso Konstantin Melnikov, la arqueóloga alemana Maria Reiche (que dedicó su vida a estudiar y proteger las líneas de Nazca), el escritor de viajes Robert Byron, la modista Madeleine Vionnet, el pintor inglés Howard Hodgkin, entre otros. Algunos son amigos o conocidos suyos, y sus viñetas no están exentas de profundos comentarios de carácter personal o íntimo. Realza un encuentro, una frase, una impresión. Bruce Chatwin es todo lo contrario del reportero oportunista. Una larga conversación con André Malraux (“el único aventurero de primera clase aún vivo”) revela facetas inéditas de este personaje clave del siglo XX, en la política y la cultura.

Bruce Chatwin fue un auténtico contador de historias; para él todo, desde la prehistoria y la arqueología, a la astronomía y el cine, el paisaje o el mito, era digno de verse transformado en relato. Fiel a su ideario estético, que reniega de levantar muros entre lo real y lo ficcional, dejó en *¿Que hago yo aquí?* un testimonio de lo que consistía para él la única justificación de vivir: la búsqueda de aventura. En “Tras las huellas del Yeti” explica así su ansia por visitar el Tíbet : “Quería explorar, de primera mano, esa nebulosa área de la zoología donde la bestia de la clasificación linneana confluye con la bestia de la imaginación”.

Bruce Chatwin, reconocidamente un bisexual, murió de SIDA a los 48 años, en una época donde el estigma de la enfermedad era abrumador para una figura pública. Fue uno de los primeros famosos en sucumbir al mal del fin de siglo. Fiel a su forma de mistificar la realidad, inventó la historieta de una infección causada por unos extraños hongos, o tal vez por la mordida de un murciélago chino, todo como resultado de sus viajes. Su esposa y su joven amante lo cuidaron en sus postreros catastróficos días. Dejó una obra bella y discreta, para iniciados, para espíritus inquietos, para pecadores, no para las pasivas masas futboleras.